

LUANG PRABANG

Mi primer recuerdo de Luang Prabang lo forman las escalinatas del embarcadero real, la despedida de Mel y de su familia, el barullo del desembarco y Konsavan, nuestro guía laosiano, esperándonos en lo alto de la terraza enlosetada.

Konsavan había vivido ocho años entre La Habana, Santa Clara y Santiago con su novia cubana y hablaba español con acento guajiro. Se me hizo raro ver un laosiano pequeño y enjuto hablando de ese modo, y me lo imaginé tratando de sobrevivir entre los pechos y las nalgas de una negra santiaguera con semejantes apuros y menos gracia que el protagonista adolescente del *Amarcord* de Fellini. “Conociendo el paño” le dije a Pilar en voz baja “da por seguro que le habrán sacado cantares”. “Pero habrá venido bien aprendido” respondió ella, sonriendo “Y su actual mujer le estará muy agradecida a la mulata”.

Antes de llegar nos detuvimos en las cuevas de Pak Ou. Allí el paisaje parece un grabado chino. Llegamos a la cueva nº 2 subiendo por una escalera que según nuestro guía tenía 620 peldaños. Intenté contarlos pero al llegar a trescientos perdí el paso y también la cuenta. El guía también dijo que en el momento de mayor esplendor llegó a haber 10.000 budas en las cuevas y que en 1975 quedaban de 7.000. En letras blancas sobre fondo azul un cartel del Ministerio de Turismo afirmaba que nunca hubo más de 4.000.

Subimos todos menos Mel y su esposa y durante el trayecto nos cruzamos con un grupo de turistas japoneses. Para poder pasar tuvimos que

formar dos filas indias, ponernos de lado y apretarnos unos con otros. Son gente mayor, probablemente jubilados, y visten chándales de colores claros y zapatillas deportivas. Los hombres llevan gorras de beisbol y las mujeres sombreros de loneta. Nos sonríen azorados y se mueven con sorprendente agilidad.

En la entrada nos unimos a otras dos docenas de visitantes y esperamos que nos dejen entrar. La cueva no tiene luz eléctrica. Conviene alquilar una linterna en el puestecito contiguo a la entrada porque dentro solo hay unas cuantas velas diseminadas aquí y allá. La oscuridad se adensa a medida que avanzamos, los fogonazos de las linternas confunden en vez de ayudar, el ambiente se vuelve más opresivo a cada paso. La mayoría de los budas está decapitada. El eco de las voces, los haces de las linternas y las sombras de las estatuillas sobre las rocas forman un espectáculo extraño, irreal a ratos. En realidad, hay poco que ver, nos falta el aire, sudamos como pollos y nos damos la vuelta enseguida.

Salimos con la decepción pintada en la cara y para compensarnos el guía nos contó la leyenda del hijo bastardo de un rey del norte de Laos abandonado, al poco de nacer, en una balsa en el Mekong. Contra las órdenes del rey, un sirviente esconde una tablilla entre sus ropas explicando quién es. Tras un viaje accidentado, la balsa es recogida por un rey camboyano que adopta al niño y cuando se hace mayor le revela su historia. Poco después el joven le pide soldados al rey para volver a Laos y pelear por el trono, emprende la campaña y triunfa. De regreso a Camboya, les sorprende un temporal, el joven rey se resguarda en las cuevas de Pak Ou con su ejército y enferma de gravedad. Antes de morir decide fundar Luang Prabang para guardar allí el

buda Prabang – regalo del rey camboyano - por el que siente especial veneración. Más que el evidente parecido con la célebre leyenda de otro recién nacido en otro río, me admira la treta del rey khemer para legitimar su soberanía sobre Laos inventándole semejante historia a uno de sus hijos. Está claro que cualquier recién nacido a quien los dioses del río protegen de ese modo está llamado a realizar grandes empresas.

De Pak Ou fuimos a Bang Xang Hai, un pueblito de casas de madera y calles enlodadas donde se fabrican licores de arroz y telas tradicionales. La lista de animales embotellados (serpientes, cobras, alacranes, escarabajos, arañas...) reta a la imaginación. También hay un templito místico con una residencia para niños. Ocho o diez de ellos jugaban al fútbol en la calle, las cabezas afeitadas, las túnicas enrolladas a la cintura.

Y de allí, por fin, a Luang Prabang.

Konsovan nos ayudó con el equipaje y nos llevó al hotel. Nos registramos, dejamos las maletas en la habitación y salimos a recorrer la ciudad.

Primera parada: el Wat Mae, en la avenida principal. En su interior confirmamos lo que ya habíamos intuido durante el viaje: que los templos laosianos no son tan monumentales como los tai, están hechos de madera y resultan más humanos. También aprendimos que en agosto llueve todas las tardes, a eso de las cinco. A las cinco y media se cortó el suministro eléctrico pero eso no interrumpió la actividad: muchas tiendas, tenderetes y restaurantes tenían grupos electrógenos y los que no tenían usaban lámparas de queroseno

o butano. Contra el fondo de gris oscuridad del aguacero monzónico la ciudad adquiriría un aspecto surreal, casi poético. Vimos tiendas de artesanía repletas de telas, tiendas de recuerdos para los turistas y cafeterías y restaurantes con pizarras anunciando *café au lait avec pain et beurre or chocolat avec croissants* y menús de cocina local y francesa escritos en francés y en lao. Para desesperación de Pilar, no vimos ni una tienda de antigüedades.

Cenamos verduras, tofu, pasta y arroz por tres dólares y medio, postre incluido, y regresamos al hotel por dónde habíamos venido sorteando bicicletas, motos, monjes y charcos. Pese a los chaparrones la calle está abarrotada. Nos cruzamos con dos o tres turistas, no vimos ningún policía y la sensación de seguridad fue absoluta. Pensé: “Dictadura más budismo más (todavía) escasísima picaresca”. Por lo general, en las dictaduras es preferible ser turista a súbdito.

Llegamos al hotel empapados. Preguntamos por el servicio de lavandería y la recepcionista nos entregó una lista con los precios en dólares americanos. Lavar una camisa costaba como la cena que acabábamos de tomar. “Seguramente lo dan todo a lavar fuera, pagan en Kips y se quedan con la diferencia” dijo Pilar irritada “Modelo cubano”. Y añadió: “Nos sale mejor comprar una camiseta y un pantalón nuevos en el mercadillo que lavar los nuestros”.

Subimos a la habitación, nos duchamos, nos metimos en la cama y apagamos la luz. Eran las 9:15 y estábamos rendidos. Hemos pedido que nos llamen a las 7:00. Konsavan pasará a buscarnos a las 8:15.

A la mañana siguiente, rumbo a las cascadas de Kuangsi, traté de charlar con Konsavan sobre la vida cotidiana de la gente. Nos dijo que su mujer acababa de dar a luz a su segundo hijo. En Laos se paga por todo: por la sanidad, la educación, el transporte... El salario medio es de unos 60 dólares y un kilo de pollo en Vientiane cuesta dos dólares. El de guía es su segundo empleo. Su ocupación principal es hacer de supervisor en una cadena de restaurantes y hoteles de un empresario laosiano. Un hombre muy rico, dijo. Cinco años atrás, el gobierno abrió el país a la inversión extranjera: malayos en el textil, tais en la construcción y la hostelería, chinos y vietnamitas en otras actividades. También hay médicos cubanos, pediatras y cardiólogos en su gran mayoría. Admite que los dirigentes viven mejor que el pueblo y supone que algunos se aprovechan de sus cargos. “Mi Lonely Planet dice que un 40% de la ayuda internacional no llega a la gente” le suelto de golpe. Me mira y no dice nada, pero da por terminada la conversación.

Empleamos más de una hora en recorrer los treinta y cinco kilómetros que separan la ciudad de las cataratas. Situados en el interior de lo que parece un área protegida, son tres saltos de agua, altos y estrechos, rodeados de vegetación, cada uno con varios brazos que caen desde cuarenta o cincuenta metros de altura. Un cartel avisa de la presencia de dos o tres osos y de un tigre en las inmediaciones. “Pero están semi-amaestrados” explica Konsavan “Los rescataron de un circo y los trajeron aquí para curarlos” Y con tono neutro añade: “Y aquí se quedaron”

Durante la estación de lluvias las cataratas ofrecen un hermoso aspecto. Uno puede escoger entre pasar de una a otra por un sendero de lodo mal señalizado y peor defendido - y regresar empapado - o quedarse junto a la

primera y disfrutar del riachuelo que nace al pié. Unos pocos metros aguas abajo el río forma unas piscinas naturales a cuyas orillas hay un par de quiscos (desiertos) y unos bancos de madera cubiertos de verdín. Al parecer, los habitantes de la ciudad abarrotan el parque (y las piscinas) durante la estación seca. Pero estamos a mediados de agosto y no vemos a nadie. Lo umbrío del paraje, la intensa humedad y las nubes de mosquitos que nos hostigan cada poco no animan a quedarse.

Regresamos por la misma carretera de tierra por donde vinimos. Una carretera de tierra en aceptable estado si descontamos un par de tramos con grandes baches de profundidad incierta llenos de fango, y tres o cuatro puentes de hierro con suelo de traviesas mal alineadas y que – ignoro por qué - me recordaron al puente sobre el río Kwai. A los lados, semiocultos por la vegetación, hay algunos poblados de aspecto miserable. Konsavan dice que el gobierno está reasentando a los Lou y a los Mon, tradicionales pobladores de las montañas, en los valles. “¿A la fuerza?” pregunta Pilar. “Antes sí” responde “Ahora se utilizan métodos persuasivos”. “¿Cuáles son esos métodos?” pregunto yo. “Hacerles escuelas, ponerles médicos” dice. Y luego, con gesto conspirativo, como si revelara un secreto de estado: “Oficialmente los realojan para evitar la deforestación, pero muchos dicen que la verdadera razón es asegurarle al Estado el control de la teka”. Intento seguir preguntando pero en ese momento giramos una curva pronunciada y ante nosotros aparece Luang Prabang en la lejanía: una ciudad de casitas bajas en la confluencia de dos ríos – el Mekong y el Nam Kham - con los tejados semi cubiertos por las copas de las palmeras y rodeada de montañas. El rudo peñasco del PhouSi señala su centro.

Completamos la mañana visitando una cooperativa que produce tejidos de seda (seis u ocho telares manuales en el jardín de una casita que sirve a un tiempo de factoría, tienda y vivienda) y un negocio familiar de fabricación de papel donde acabamos comprando tres o cuatro reproducciones de motivos habituales en los templos. Al salir Konsavan se empeña en llevarnos a un restaurante para turistas. Cedemos a regañadientes y el resultado es, como esperábamos, desalentador. “Con la cantidad de sitios estupendos que hemos visto por el camino y mira que acabar aquí” se queja Pilar “Pero esta noche,” me dice al oído “sin este plasta al lado, nos desquitamos”. Ella adora la cocina de esta parte del mundo.

Después de comer subimos los 350 escalones del Phou Si. Llegamos arriba ensopados y sin aliento. El templo edificado en la cima es muy pequeño y solo sirve para la oración pues los monjes viven abajo. Eso sí: la panorámica desde lo alto justifica la subida. Vemos los restos de la batería antiaérea de fabricación soviética que defendía el aeropuerto, situado a menos de un kilómetro, y donde en ese momento aterriza un pequeño bimotor de las líneas aéreas laosianas. El calor y la humedad se vuelven sofocantes durante la bajada. “Ni en una sauna sudaríamos tanto” exclamo “Voy en un agua”. “Espérate a que empiece a llover” ironiza Pilar, y señala las negras nubes que se cierran sobre nuestras cabezas.

Konsavan nos lleva al extremo norte de la península donde se asentó la ciudad. “Tan solo en esta parte hay cuarenta templos catalogados” dice “De la época en que Luang Prabang era la capital de Laos”. Y con gesto apenado añade: “No podemos visitarlos todos. Elijan ustedes”. Queremos libarnos de su compañía por un rato y decidimos hacer el recorrido a pie. Le pedimos que nos

espere dentro de hora y media sobre la Thonon Sakkalin, más o menos a la entrada del palacio real. Esto le sorprende. Duda. Dice que no conocemos la zona, ni el idioma; que la lluvia puede ser fuerte. Respondo que tenemos guía, mapas y paraguas. Sigue dudando. Echo mano de toda mi paciencia y le explico que somos viajeros habituales, que llevamos dos semanas en Tailandia y Laos, que sabemos movernos. Sigue dudando. Por fin, viendo que ni cambiamos ni cambiaremos de opinión, cede, sube al coche y se aleja calle abajo.

Disfrutando nuestra recién conquistada libertad nos fuimos calle arriba y entramos en cuatro o cinco templos. Son edificios de dimensiones modestas, la mayoría de una sola planta, contruidos sobre una terraza de mampostería a la que se sube por cinco o seis escalones, y decorados a mano. Lugares sencillos, a menudo ingenuos, concebidos para el recogimiento y la oración de unas cuantas familias, de una cofradía o de un pequeño barrio. Una arquitectura artesana sin grandilocuencia ni pretensiones. Una organización del espacio que más que imponerse acompaña. El Vat Visounartah, construido en 1513 es el más antiguo. El Vat Xieng Thong (1560), uno de los más bellos, impresiona por el peculiar diseño de sus tejados.

Ya de regreso recuerdo que es 17 de agosto, el cumpleaños de mi hijo. Me costará una fortuna llamar a Madrid y será una conversación breve pero ni modo. Miro el reloj, calculo la diferencia horaria, me digo “demasiado temprano”. Seguimos caminando, nos reunimos con Konsavan y le pedimos que nos lleve al hotel. Necesitamos asearnos, ponernos ropa seca, y aligerar las mochilas. A la media hora, estamos otra vez abajo. Le pedimos que nos devuelva al mercadillo de la Thonon Sakkalin. Llegamos pasadas las cinco y

media, hora en que él termina su jornada. La perspectiva pasar el resto de la tarde callejeando por nuestra cuenta nos parece maravillosa.

Compramos unas fundas de edredón y varios cubrecamas por un precio irrisorio (25 USD) y recorremos una vez más la Thonon Sakkalin hasta un café de estilo francés situado frente a la entrada de un colegio. Un grupo de quince o veinte chavales juegan al fútbol en la calle. Pedimos café con leche, cruasanes y pastel de manzana. Mientras esperamos comienza a llover. Los chavales no se inmutan y siguen jugando. El aguacero arrecia. Nos traen los cafés y los bollos. La calle se llena de agua que corre por los laterales formando pequeños y violentos torrentes. Siete u ocho críos pequeños salen de las casas, llenan bolsas de plástico con agua de lluvia y se persiguen tirándose las bolsas como si fueran granadas de mano. Los futbolistas siguen a lo suyo. Pruebo la tarta de manzana y me sabe a gloria. Pasan varios motoristas sujetando el manillar con una mano y grandes paraguas negros con la otra. Algunos ciclistas se cubren con trozos de plástico transparente. Unos y otros procuran no interrumpir el partido de los mayores y evitar las bolsas de agua de los pequeños.

Pilar moja el cruasán en el café, se lo lleva a la boca, lo mastica lentamente, lo vuelve a dejar en el plato y se chupa los dedos. Me digo “!!La calle principal de la segunda ciudad de Laos es una zona de juegos infantiles en pleno monzón... Y sin problemas!!”. Por un momento evoco las calles sin coches del barrio de Madrid donde me dejé la infancia. También yo jugaba al fútbol en ellas. Pienso si la distancia que nos separa de esos chavales es mayor o menor que la me separa a mí del niño que era entonces. También pienso en la distancia entre aquel Madrid y el Luang Prabang de ahora. Se lo

digo a Pilar que está acabando de mojar su cruasán en el café. “Ya sé que son comparaciones absurdas” digo “pero no puedo evitarlas”.

Doy un sorbo a la taza, cojo unas migas del hojaldre con las yemas de los dedos y me las llevo a la boca. Luego digo: “Tal como lo veo lo absurdo de la comparación reside en que, por el momento, su mundo y el nuestro coexisten, conviven brevemente de la mano de los turistas (muchos menos este año por la guerra de Irak y la amenaza del SARS) pero no se mezclan. Más que el nivel de riqueza nos separan ese conjunto de vivencias, costumbres, aspiraciones y sueños que llamamos cultura”.

Ella termina su cruasán y se limpia los labios con la servilleta. Luego aparta un poco la taza y me mira risueña. “¿Y a dónde quieres ir a parar?” pregunta. Yo sigo cazando migas en el plato y hablando para mí mismo: “¿Has visto las caras de esos niños? Traducen felicidad” digo. “Además” añado como si eso tuviera algo que ver, como si fuera una prueba irrefutable “hasta ahora solo hemos visto un mendigo, aquél tullido apoyado contra las tapias del Palacio Real”.

Pilar le pide la cuenta al camarero por señas. Luego dice: “La felicidad es una cosa muy rara. Nadie sabe bien en qué consiste. Pero una cosa es segura: depende más de las expectativas que de la realidad”

Salimos rumbo al hotel Villa Santi, uno de los mejores de la ciudad, propiedad de un antiguo suministrador de la familia real. Ayer, mientras nos despedíamos en el embarcadero, Mel nos dijo que iban a alojarse allí. A nosotros nos hubiera gustado pero el Villa Santi es un pequeño palacete de dos plantas, tiene solo dos docenas de habitaciones, y estaban ocupadas cuando intenté reservar. Cruzamos el jardín anterior, visitamos la planta baja, el

jardín posterior, el comedor, el bar. Preguntamos los precios (aunque ya los sabíamos). Pedimos (aunque no nos hacía falta) la tarjeta con la dirección, los teléfonos y la dirección electrónica. Y pisamos otra vez la calle muertos de envidia.

De regreso hacia el centro decidimos ir a otro de los lugares recomendados por la guía, el restaurante L'Elephant. Cenar ahí nos parecía una forma de sacarnos la envidia de encima. Preguntamos varias veces. Por fin, alguien dice que a nuestra espalda, justo detrás del hotel Villa Santi. Volvemos. Las distancias son cortas. La zona, por la que hemos caminado varias veces en dos días nos resulta ya familiar. Llueve poco y de forma esporádica. Como ayer, también hoy la luz se fue las cinco y media. Caminamos despacio, cogidos de la mano. Nos sentimos bien, relajados, tranquilos, muy cercanos el uno del otro.

Hablamos. Sobre todo de mí. Apenas hemos hablado de mí durante este viaje pero ahora lo hacemos. Llevo un año en España y me parece estar cerrando un largo ciclo personal, una lenta evolución interior jalónada por varias crisis: la de los doce años, de tipo más bien religioso; la de los dieciocho, que marcó mi despertar a la realidad política y social del país; y la ocurrida entre los cuarenta y cuatro y los cuarenta y siete, más sentimental y vital y, por tanto, más profunda, marcada por la separación de mi primera mujer, la marcha a USA, el encuentro con Pilar y el regreso a España.

“Regresar” le digo “ha significado muchas cosas: estás tú, claro; pero también mis viejos, mi hermana, mis hijos. Y también el trabajo, la ciudad, los amigos. Vuelvo por ti, porque tú me lo has pedido, y eso formaba parte del trato desde un principio. Pero volver tiene para mí un significado adicional: significa

reencontrarme conmigo mismo”. No es la primera vez que hablamos de esto. Venimos hablándolo desde el verano de 2001 cuando ella me planteó volver y yo acepté. Pero tengo la sensación de que esta es una ocasión especial. Por el lugar y por el momento. Porque doy con las palabras y con el tono. Porque siento que le llegan.

L´ Elephant es un moderno restaurante francés donde por siete dólares compartimos el menú degustación de cocina laosiana. Ha dejado de llover. La terraza está concurrida. La noche es cálida y agradable. Seguimos hablando. Una curiosa asociación de ideas me lleva de la imagen de unos pollos sueltos correteando entre dos templos – y de la guerra de bolsas de los niños durante el aguacero - a mis veranos de infancia en El Saler. “Si tengo que escoger” le digo “escogería esos veranos. Diría que ahí fui feliz. No me refiero a toda mi niñez - no la recuerdo como una niñez particularmente feliz - sino solamente a esos meses”.

Hablamos poco durante el regreso al hotel. Vuelve a llover. Nos sentimos bien, nos recorre una sensación de bienestar que no sabemos de dónde viene: si de lo que nos rodea o de lo que llevamos dentro. Entramos en la habitación, nos quitamos la ropa y nos preparamos un baño de espuma. Nos metemos en la bañera y nos quedamos ahí, disfrutando el agua caliente y el contacto íntimo. Salimos solo cuando el agua pasa de tibia a fría, nos secamos el uno al otro con las gruesas toallas de felpa del hotel y nos damos crema hidratante por el cuerpo. Las sábanas son finas y tersas y su contacto nos parece un lujo. Pilar se duerme casi instantáneamente. Qué pocas veces me ha pedido que le cuente algo antes de dormir en este viaje. Tiene una expresión de felicidad en el rostro. Ha sido un buen día. No he podido hablar

con mi hijo y felicitarlo por su cumpleaños. Lo intenté desde la cafetería, mientras contemplábamos el aguacero, y luego desde L'Éléphant, pero no había cobertura. Pero ha sido un buen día. Mañana lo intentaré de nuevo.

Nos despertamos temprano y al tiempo. Primer reto: meter todo en la maleta. Segundo reto: apurar las últimas horas en la ciudad sin ansiedades ni contratiempos. Konsavan nos recoge después de desayunar y nos lleva hasta el embarcadero. Subimos en una lancha y cruzamos a la otra orilla. El río viene muy crecido, con gran cantidad de troncos y ramajes. Pilar exclama: “Esto es lo que no hay que hacer”. Segundos después lo repite más fuerte: “En época de lluvias, esto es lo que no hay que hacer”. Ni Konsavan ni el barquero se inmutan, y pasamos los siguientes quince minutos con la vista al frente, las mandíbulas apretadas y el corazón encogido. Llegamos por fin a la otra orilla, a una plataforma de madera de unos trescientos metros de largo y seis o siete de ancho cuyos cien últimos metros sobrevuelan el río y se asientan sobre altos pilotes de madera. Subimos por una escalerilla de madera, resbaladiza y con varios peldaños rotos. Caminamos por el embarcadero, continuamos por una rampa de tierra y piedras y giramos a la derecha hacia un pueblito – dos hileras de casitas bajas alineadas a lo largo de una calle sin asfaltar - acostado sobre una ladera.

Konsavan dice que en el centro del pueblito hay un templo antiguo que merece la pena. Cuando llegamos está cerrado. Konsavan desaparece y reaparece al poco acompañado por un monje que porta una llave grande y herrumbrosa. “No hay que darle nada a él” advierte Konsavan “pero estará bien

si dejan una limosna para el mantenimiento del templo” Hace una pausa, parece estar buscando la palabra exacta y. al final añade: “Lo que ustedes quieran”. Recorremos el templo de izquierda a derecha, despacio y en silencio. Antes de salir dejamos la limosna en un cuenco de metal dorado, junto a unos pocos billetes arrugados y algunas monedas sucias. El monje nos espera en la puerta. Nos despedimos de él juntando las manos e inclinando la cabeza. Le sonreímos y nos sonríe. Es un hombre viejo, enjuto, con gruesas gafas de pasta y edad indefinida. Su túnica está limpia pero las sandalias y los dedos de los pies están llenos de barro. Comento en inglés: “Parece un hombre sabio”. Konsavan asiente con la cabeza. Tenía razón: el templo merece la pena. Se lo digo. Sonríe. Creo que es la primera vez que lo veo sonreír. Vuelve a llover. Unos niños desnudos se guarecen entre los pilotes de una casa, tres o cuatro perros famélicos se persiguen por la calle y desaparecen tras un montón de cajas rotas. El lugar transmite una aguda sensación de soledad y desamparo.

Volvemos al embarcadero, a la barca, al río en un estado de ánimo muy especial.

“Agárrate bien y, por favor, no te muevas” exclama Pilar cuando arrancamos “!!Ni salvavidas ni chalecos, total para qué!!” gruñe para sí. Gruesos troncos oscuros pasan a nuestro lado a una gran velocidad. En esta zona el río es más estrecho y el agua corre con más fuerza incluso que en la frontera. Ni Konsavan ni el barquero parecen preocupados. Al llegar al embarcadero real nos señala las marcas que las crecidas de otros años han ido dejando en los escalones y las pilastras. “De aquí a dos meses estará más alto” dice mirando hacia el río “Entonces sí será peligroso”

Caminamos hasta el antiguo Palacio Real, un edificio de dos plantas de estilo franco-laosiano edificado en 1930 que alberga el buda Prabang y sirve de Museo Nacional. De nuevo nos sorprenden sus modestas dimensiones, sobre todo si se comparan con las de los palacios tai. Ha sido rehabilitado hace poco, las habitaciones son amplias y contienen una buena muestra de mobiliario francés de la época. Anoto en mi agenda: la rica colección de budas en vitrinas de cristal de la sala central; los tres cuadros de un pintor ruso de los sesenta colgados en el recibidor de la reina; la bandera real laosiana (roja con tres elefantes blancos bajo el parasol budista) que fue y volvió de la Luna en una cápsula espacial norteamericana; y la colección de óleos de paisajes nevados rusos, francamente chocantes en este contexto, y que no puedo evitar asociar con la de los pintores de la escuela de los siete que dos años antes contemplé en el Museo de Arte Moderno de Ottawa.

Salimos a los jardines y vamos hasta un templo contiguo que está en obras y donde Konsovan dice que en su día se instalará, de forma definitiva, el buda Prabang. Terminamos la vista evocando el destino del último rey laosiano (y de muchos de sus partidarios) tras la toma del poder por los comunistas. Según Konsovan no se conoce con exactitud pero la Lonely afirma que está bien documentado y no resultó particularmente grato.

De nuevo en la calle miramos el reloj. Quedan dos horas y media para salir hacia el aeropuerto. Le pedimos a Konsavan que nos espere en el hotel con las maletas ya listas y dentro del coche, y nos metemos en un café francés contiguo al Palacio. Queremos disfrutar el último café con leche y los últimos cruasanes recién hechos. Leo en la guía que el desayuno típico consiste en

café muy cargado con leche condensada y baguette con mantequilla pero al final pedimos los cruasanes.

Recorremos luego Thonon Sakkalin en ambas direcciones, entrando y saliendo de las tiendas, palpando las últimas prendas de seda, apurando, de forma casi compulsiva, nuestras últimas oportunidades de comprar. Es una urgencia que inmersos en el ritmo pausado y tranquilo de la ciudad no habíamos sentido hasta este momento. Pero ahora estamos a punto de irnos, probablemente nunca volveremos, y se desata en nosotros el afán de llevarnos un pedazo, por pequeño que sea, de esta ciudad y de este país suave y violento, lejano y remoto para nosotros, desconocido para la mayoría. Como si la apropiación de algo material - una piedra, una vasija, un collar, un tejido - sirviera para defendernos del mayor riesgo del viajero que no es otro sino el olvido. No tanto el olvido de las imágenes – la fotografía y el video protegen de eso – como el de las sensaciones, el de esos detalles aparentemente marginales que pugnan luego una y otra vez por volver y no lo logran, el de los sentimientos. Es esa ansiedad, ese no querer partir, lo que nos empuja a entrar en un nuevo templo. Se llama Vat Xieng Mouane y, como muchos otros, está siendo restaurado. No sabemos lo que buscamos al entrar en él pero, sea lo que sea, no lo encontramos. Probablemente porque no está allí.

Salimos. No llueve. Miramos al cielo encapotado implorando casi que nos despida con uno de uno de esos aguaceros que, con precisión cronométrica, nos ha ido regalando durante estos dos días. Caminamos hacia el hotel. Pilar dice: “¿Sabes? Ahora yo planearía el viaje al revés. Empezaría por Vientiane y subiría río arriba, hasta aquí y luego hasta la frontera. Y de ahí al triángulo del oro, a Chiang Rai y a Chiang Mai De esa forma se entiende

todo mejor” Se gira, me mira de frente y dice: “¿Te acuerdas de los budas laosianos de la tienda de antigüedades de Chiang Rai? Entonces me parecieron caros y no acababa de verles la gracia. Pero ahora entiendo mejor su belleza y su valor. Daría lo que fuera por haber comprado alguno más.

En el aeropuerto de Luang Prabang (un pequeño edificio, una sola pista a diez minutos en coche del centro) aterrizan solamente aviones de hélice y pequeños turborreactores. La práctica totalidad de los cincuenta pasajeros de nuestro vuelo son europeos. Con la excepción de nosotros y del grupo de franceses “no tan elegantes” con quienes compartimos el crucero por el Mekong, todos tienen menos de cuarenta años.

Despegamos, contemplo el río desde el aire – una cinta móvil y oscura en medio de las montañas- y me prometo volver. A la cataratas del sur de Laos. Al delta del sur de Vietnam. No sé cuando ni cómo pero me prometo volver. Aún no sé por qué. Lo iré sabiendo más tarde. Supe que los ríos (solo el 2,5% del agua de la tierra es dulce y solo el 0,01 de ese 2,5% está en los ríos) son un bien escaso. Los ríos significan movimiento, fluyen en una sola dirección, implican la sorpresa, lo inesperado. Los ríos dan de comer y de beber, han sido cuna de civilizaciones, nos han ayudado a ser como somos, simbolizan el misterio de lo que permanece y cambia al mismo tiempo. El agua de los ríos limpia el cuerpo y purifica el alma. Los ríos crean y destruyen. Remontar un río es volver a los orígenes, navegarlo aguas abajo ir hacia la muerte.

Luang Prabang: algo más que un buda entre dos ríos.

Los ríos.

El Mekong.

El río.

Hora y media después de despegar de Luang Prabang aterrizamos en el aeropuerto de Bangkok. Una hora más tarde estábamos en casa de mi hija cenando ensalada, queso manchego, jamón serrano y mejillones en vinagre.

Después de cenar conseguí hablar con Madrid y felicitarle a mi hijo por su cumpleaños..